

# Clarita Gómez de Melo

Perfil por Ana María Cano

Capaz de decir lo que otros disimulan, su lucidez estuvo probada hasta sus últimos días. De qué estaba hecha ella, esta intelectual vital

**S**u sonrisa disponible y su figura breve pudieron engañar a aquel que creyó acercársele como si fuera una mujer fácil, en el sentido social del término. Al hablar, ella le desenvainaba en minutos la espada, esa que era su mejor defensa: el buen ataque certero, de la ironía afilada, que usaba junto con el sentido común y se armaba toda con el lenguaje que dominaba. Hizo de cada observación, una agudeza. La sociedad con sus mentiras fueron el tema preferido de sus lances, y revelaba en concreto por qué vivimos tan engañados y tan maluco. El malestar de la cultura pero en carne y hueso, en plata blanca.

El lector que se acercaba a su columna de *El Tiempo*, que llamó “Colombia en el Diván”, veía la fotografía sonriente, con su pelo lacio y su capul enmarcadas por un sombrero, como de una “alumna aplicada”, o de una “niña bien”, pero en el primer párrafo ya quedaba preso con su picardía para tratar los inconvenientes cotidianos, las tareas pendientes.

Fue a pulso que ella vivió cada una de sus noches y de sus días, de sus 65 años: usando los sentidos al tope y entrando a fondo en cada relación con el otro, con los otros, esos otros que fueron lo que más hondo logró interesarle. Por los otros, giró su rumbo. Su mamá (Inés Agudelo) decía: “esta Clara sí es extravagante”, y ella lo siguió siendo como una manera de no acomodarse, como si viviera una libertad interior nada común.

Y es que Clarita nació y se “crió” en la familia de Efe Gómez, su papá, el escritor. Ella fue la última hija de una camada de doce Gómez. Ese fue el medio de



contraste donde cultivó la duda y afiló la ironía como un sistema de defensas para la peste mental ambiental. Salió de su origen paisa, de las montañas que encierran, de la primera adolescencia en la que la música fue su expresión, cuando el piano se lo enseñó Teresita Gómez y la flauta que tocaba la hizo parte del conjunto Pro-Música Antigua. En el camino encontró a su primer marido, un músico, con quien tuvo a Francisco su único hijo. Lo llamó así en homenaje a Francisco de Asís, al que admiró hasta morir, como lo testimonió Francisco, pero de Roux, el “cura” que ella eligió para ese réquiem donde parte de la intelectualidad colombiana se encontró para celebrar la vida que Clarita Gómez de Melo desplegó, usó, gastó, compartió.

Ella, que detestó las posturas y los prejuicios, hizo una mueca al patetismo de padecer una enfermedad terminal, al nombrar todo lo que las visitas incesantes de amigos y de pacientes evitaban decir. Fue su manera de no dejarse avasallar por ese término fijo.

Estudió Filosofía en Bolivariana pero su pasión fue la literatura. Lectora apetente, la vocación de filosofar fue genética. Separada de su primer marido, cortó con el medio absorbente donde nació, se fue a España y a Suecia, buscó el psicoanálisis y lo ejerció. Al regresar encontró al grupo de intelectuales que Estanislao Zuleta reunió en Cali. Se enamoró del historiador Melo, con quien vive hasta el final y aplica en Bienestar Familiar su experiencia de psicoanalista de niños. Juntos Melo y Clarita, se van a Inglaterra, donde ella conoce y es discípula de Ana Freud. De vuelta a Bogotá mantiene su consultorio, se regodea con sus amigos cuya inteligencia celebra y punza. Publica un libro con sus ensayos sobre educar por fuera de la mentira: “Blanca Nieves y otros cuentos enanos”. Su artículo “Lo feo de ser antioqueño” hecho en diciembre 2003 para *La Hoja*, es una especie de Antitestamento del Paisa que originó un debate que todavía arde. Al irse, Clarita dejó una risa en el aire. Su pensamiento está desgranado entre todos los que la oyeron y disperso en las palabras que dejó escritas. Una intelectual vital que vivió este país mortal.

**Abril de 2004**